



ESPINELA.

El Sol detenga sus rayos,
 y la Luna su luz bella:
 caduque el mar con sus olas,
 y estremézcase la tierra.
 También los cuatro elementos
 en su rutilante esfera,
 pues de mí no están seguros
 hasta los siete Planetas.
 Oigan pues con atención
 de una mujer lo resuelta,
 de una vívora el veneno,
 y de una sierpe lo adversa.
 Yo nací dentro de Caspe,
 de nación Aragonesa,
 hija de muy nobles padres,
 y llevándome á la iglesia
 en el Sagrado Bautismo
 me pusieron Espinela.
 Mas discurro que acertaron
 en el nombre, pues tal era,
 que ninguna ama podía
 sufrir mi mala paciencia;
 siendo, pues, en mis principios
 tan altiva y tan soberbia,

que ninguno me la hacia
 que con ella se me fuera.
 Apenas tuve tres lustros
 cuando la Parca sangrienta
 quitó la vida á mis padres,
 quedándome tan resuelta,
 que de mi furor temblaban
 muchos en la villa mesma.
 Aprendí á jugar las armas
 con tal valor y destreza,
 que á pocos dias salí
 como el maestro, maestra.
 Y la historia de mi vida
 tan abominable, y fea,
 la diré, porque es muy justo
 que todo el mundo la sepa.
 Vivía pared en medio,
 de lindo cuerpo, y presencia,
 un hijo de un caballero,
 llamado Fabian de Herrera.
 Gustaba mucho de hablarme,
 y que yo le respondiera,
 mas como dice el adagio,
 las burlas vienen á veras.

Robóme su amor el alma:
y yo viéndome sin ella,
le dije si me queria
por esposa, y la respuesta
que me dió, que no igualaba
en calidad ni en hacienda,
porque tenia á su gusto
dama de mayor esfera:
Obedecí su mandato,
y cual leona sangrienta
entré furiosa en mi casa,
aguardando que viniera
la noche, para vengar
de mi enojo la soberbia:
Y mudándome de traje,
tomé la espada, y rodela,
y con una carabina
bajé veloz á la puerta.
Vile que estaba en la calle
hablando por una reja
con cierta dama, y llegando
le dije de esta manera:
Infame, traidor, sin ley,
cómo atrevido desprecias
el honor de mi linaje,
sabiendo que soy tan buena
como cuantas puede haber?
Ahora vengo resuelta
á que me quites la vida,
ó yo quedar satisfecha:
Ea, cobarde, qué aguardas?
Y el mozo puesto en defensa,
se defendia bizarro,
mas de poco le aprovecha,
que con cuatro, ó cinco heridas
cayó difunto en la tierra.
Alborotóse la dama
al ver su esperanza muerta,
pero de un carabinazo
cayó como una cordera.
Vino al punto la justicia;
mas yo como una centella
me escapé, bien prevenida,
dara la ciudad de Huesca.
Este fué el primer motivo

para salir de mi tierra,
para olvidar á mi patria,
tan poderosa y amena.
Llegué á la ilustre Pamplona,
fértil pais de Amaltea,
donde estuve algunos dias
logrando la primavera.
Dejé mi nombre y me puse
Raimundo, por Espinela,
siendo, pues, por mi valor
respetada donde quiera.
Senté plaza de soldado,
y en el presidio de Ceuta
estuve catorce meses
en la militante escuela.
Y el dia cuatro de octubre,
no sé sobre qué pendencia,
quité la vida á un sargento
por ser muy largo de lengua.
Pocos dias se pasaron,
cuando la fortuna adversa
me trajo en cierto barquillo
á la ciudad de Marbella.
Desembarquéme, y estando
una tarde en la ribera
divirtiéndome en el juego
de trucos en una mesa,
no me acuerdo sobre qué
se formó una escarapela,
que eran seis contra mi sola;
con que me obligó la fuerza
de la razon á sacar
los instrumentos de guerra,
y á las primeras mudanzas
cayeron los tres en tierra,
y los demas se escaparon,
que si no lo mismo fuera.
Entré en Málaga, y un dia
estando en la calle Nueva
con un mercader, llegó
(que el diablo todo lo enreda)
un ministro, y me pregunta,
que de qué paraje era?
Dijele, qué le importaba?
y sobre esta dependencia.

me dijo que me pondría
en un cepo de cabeza.
Alcé la mano furiosa
y en mitad de la mollera
le dí un golpe y se quedó
bailando la pataleta...
A cuyo tiempo llegó
la justicia, y me amonesta
que me entregue á la prision
por voluntad, ó por fuerza.
Dijeles que no queria
y sacando mi vihuela,
empezaron á danzar
una jácara de cuenta.
Dí la muerte á un alguacil,
porque atrevido se arresta
á prenderme: pero fué
en vano su diligencia.
Y á un escribano tambien
le alcancé con gran violencia
una estocada, y tomó
el suelo por cabecera.
En verdad que no pensé
salir bien de esta refriega,
sino por un valenciano,
que valeroso se llega
á guardarme las espaldas;
y yo de cólera ciega,
á cuál derribo, á cuál mato,
finalmente abrí la senda
para escaparme, y salí
con tres heridas pequeñas:
y el valiente valenciano
me siguió, y en una cueva
pasamos aquella noche,
y antes que el alba viniera,
un vaquero nos llevó
al puerto de Salobreña.
Corrimos las Alpujarras,
y en la villa de Alcoléa
nos hallamos sin dinero,
ni cosa que lo valiera.
Fuimos á una casa rica
de una señora de prendas
y con una industria rara

le quitamos en moneda
hasta cuatro mil ducados,
que no fué muy mala presa.
Campamos algunos dias
haciendo mil francachelas:
que aquello que cuesta poco,
se gasta como sin rienda.
Llegamos á Montejucar,
y en una encumbrada sierra
hallamos á un mercader,
que pasaba en una yegua
á caballo, y lo metimos
en lo áspero de una breña.
Y al tiempo de registrarle
compasivo se lamenta,
diciendo: no me mateis,
amigos, que yo quisiera
tener á vuestro servicio
de este mundo la riqueza:
Veis aquí dos mil ducados,
perdonad por la miseria.
Recogimoslos, y al punto,
en pago de la fineza,
lo dejamos maniatado,
puesto el pobre en la inclemencia.
Ausentámonos huyendo
por otras distintas tierras,
siendo asombro de los montes,
y escándalo de las selvas,
y en el puerto de Archidona
vimos, que en una calesa
iba un francés muy triunfante,
con una madama bella;
lleguéme á él, y le dije:
de qué país, ó qué tierra?
él me respondió: Flamenco;
mas yo conocí en la lengua,
que mentia, y tiré
con muy súbita violencia
un trabucazo, y quedó
pidiendo al Cielo clemencia.
Registrámosle, y le hallamos
hasta dos mil y cuarenta
doblonos de plata y oro,
que no fué muy mala presa.

156
Y volviendo á la madama,
en una caja pequeña
le hallamos grandes alhajas
de oro fino, y lindas perlas:
que valian muchos reales:
y le dije: Daga, perra,
que no es razon que te lleves
de España tanta riqueza.
Y viendo se resistia,
le di entre oreja y oreja
un gran golpe, y se quedó
revolcándose en la arena.
Cogimos todo el tesoro,
y corriendo á toda priesa
entramos en Riogordo,
y la justicia que llega,
donde sin poder valernos,
nos aprisionan, y cercan
en un meson, pero entonces
mi buen compañero intenta
defenderse, mas no pudo,
porque el pecho le atraviesan
de un trabucazo, y yo sola
hice tanta resistencia,
que para prenderme hubo
muertos y heridos, sin cuenta.
Finalmente me prendieron,
y maniatada me llevan
á la ciudad de Sevilla,
donde la justicia recta
castiga haciendo su oficio
para que tomen enmienda.
Sacáronme á la visita,
y yo puesta en la presencia
de tantos señores nobles,
que allí rigen, y gobiernan,
enternecido mi pecho
y algo turbada la lengua,
declaré todas mis culpas

como referidas quedan.
Y allí en presencia de todos
les dije de esta manera:
Señores, yo soy mujer,
ojalá nunca naciera
para no haber ofendido
á la Magestad Suprema
de Dios todopoderoso.
Con que la Sala se queda
absorta; mas luego al punto
mandaron con diligencia
que me registren, y viendo
la verdad tan clara, y cierta,
los señores del acuerdo
pronunciaron la sentencia
de que pague en una horca
las cometidas ofensas.
Sacáronme por las calles
y á voz de un pregon me llevan
hasta la plaza mayor,
donde la muerte me espera.
Y sentada en el suplicio,
pidiendo al Señor clemencia,
invoqué á la Virgen pura,
diciéndole: Sacra Reina,
Madre de desamparados,
y dulce Abogada nuestra,
suplicadle á vuestro Hijo,
que por su amor me conceda
el perdon de mis pecados.
Esto dijo, y con violencia
llegó la homicida Parca,
y el cuerpo cadáver queda.
A la tarde la enterraron,
sin aparato, y grandeza.
Escarmentad, pecadores
mujeres, vivid alerta,
que quien anda en malos pasos,
este es el fin que le espera.

FIN.